

Mensajes Evangélicos

De los de Berea

Para toda clase de personas y circunstancias

Charles H. Welch

Traducción Juan Luis Molina

BEREAN PUBLISHING TRUST

Nos. 1 to 4 first published 1927 Nos. 5 to 8 first published 1932

Published as a booklet 1995

ISBN 0 85156 166 7

**□ THE BEREAN PUBLISHING TRUST 52A Wilson Street, LONDON
EC2A 2ER**

CONTENIDOS

1 No hay diferencia	3
2 Sin precio y sin dinero	6
3 Luz sobre la vida e inmortalidad	10
4 ¿Por qué es esencial la Fe?	14
5 El Evangelio de Dios	18
6 La Salvación de Dios	22
7 La Justicia de Dios	26
8 El Cordero de Dios	30

No 1

“No hay diferencia”

Una de las primeras impresiones que recibe el estudiante de las ciencias naturales dice respecto a su infinita variedad. El campo y la flora, el río y el mar, la tierra y el cielo rebosan de variedad. Cada uno y todos los colores posibles de concebir, la forma, y la estructura llenan los tres reinos de la natura. Un entusiasta observador comenzó hace ya muchos años atrás a fotografiar los copos de nieve. Sacó más de 10.000 fotografías – TODAS DIFERENTES ¡Y tenemos todos los motivos para creer que podría haber sacado más otras diez mil antes de encontrar uno de ellos repetido! No precisamos de ir más lejos, sino que basta observarnos a nosotros mismos, para darnos cuenta de esta tan gran y enormísima variedad existente. Cada uno de nosotros posee un millar de peculiaridades que nos distingue del resto de la humanidad. Tu propia firma, es tan individual, que el banco tan solo pagará el documento que porte dicha singularidad. Tu huella digital es de tu sola exclusividad, a tal punto, que servirá de evidencia en el tribunal, tanto sea para acusarte como para librarte de acusación. Y sin embargo, a pesar de nuestras diferencias, nosotros somos, después de todo, muy similares en las cosas más íntimas y profundas de nuestro ser, y reside en una de estas características de igualdad que las Escrituras encuentran una palabra en común para todos:

“NO HAY DIFERENCIA” (Rom.3:22).

A la naturaleza humana le gusta señalar las diferencias. El sistema de castas Hindú se elabora en la observancia de distinciones. El sistema inglés de las clases sociales, en esencia, viene a ser igual. Resulta humillante para los hombres decirles que tanto altos como bajos, ricos y pobres, letrados e iletrados, todos tengan de algún modo un nivel que quiebre las barreras de clases y distinciones. En los días de los apóstoles era el Judío quien se sentía airado si se hiciese el más mínimo intento en contra de su estrecho sistema de clases, y es precisamente en conexión con este farisaico orgullo que nos encontramos con la gran rasante o niveladora palabra de Romanos 3:1-23:

“¿Qué ventaja tiene, pues, el Judío?... Mucho, en todas maneras: ¿Qué, pues? ¿SOMOS NOSOTROS MEJORES que ellos? En ninguna manera, pues ya hemos acusado a Judíos y a Gentiles, que todos están bajo pecado;... para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios. ... PORQUE NO HAY DIFERENCIA; por cuanto *todos* pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”.

Todo orgullo de raza y privilegio, de lucidez y aprendizaje, toda jactancia de ascendencia familiar se humilla y queda rebajada hasta el polvo, ¡*todos somos esclavos!* “Vendidos al pecado” dice Rom.7:14. Existen incontables variedades de pecado, algunos repugnantes, otros atractivos, profanos, religiosos, degradantes,

refinados...pero “no hay diferencia” en el hecho único, “porque todos pecaron, Y ESTÁN DESTITUIDOS”

¿Te das cuenta? Detrás de esa puerta tan solo hay un grupo de hombres repudiados. Es como si hubiesen procurado pasar por un examen médico requerido por orden del gobierno. Todos han sido “destituidos” del estándar exigido, absolutamente todos, todos han fracasado, tan ciertamente reprobados como aquellos menos afortunados que ni tan siquiera han llegado a presentarse al médico examen. Por veces oímos decir el uno al otro, “¡Pero a mí tan solo me faltó muy poco!” Sin embargo, ¿no se expresa la propia sabiduría de este mundo con proverbios tales como: “que falte un metro o que falten cien, todo viene a dar lo mismo”? ¿Para qué, entonces, desperdiciar el tiempo precioso en sacar algún consuelo de nuestro orgullo con la escala en la culpa? Dios asegura: “No hay diferencia”, y Su juicio es el único justo. Romanos 3 no deja al lector en la duda o la incerteza en la materia:

“NO hay justo, NI AUN UNO” (Rom.3:10).

“Para que toda boca se cierre, y TODO EL MUNDO quede bajo el juicio (la culpa) de Dios” (Rom.3:19).

Y entre aquel “Ni aun uno” y el “Todo” no hay escapatoria posible.

Ninguna diferencia en enfermedad o remedio

Hay, sin embargo, buenas noticias para los pecadores: para cualquier necesitado, pues hallamos que Dios providenció un remedio para todos sin distinción de personas o grados de pecado.

“...si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo... porque NO HAY DIFERENCIA entre Judío y Griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para todos los que le invocan” (Rom.10:9, 12).

Cuando comenzaron a tener lugar las conversiones Gentiles en los días de los apóstoles, los creyentes Hebreos tuvieron por obligación que admitir que:

“Dios, que conoce los corazones...NINGUNA DIFERENCIA hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones” (Hechos 15:8, 9).

Aun siendo cierto que no haya diferencia entre un hombre y otro delante de Dios en la cuestión de su pecado y el camino de la salvación, se dejaría una falsa impresión si no añadiésemos que, si bien “no hay diferencia” en cuanto a nosotros respecta, la gracia de Dios, a través del Señor Jesucristo, sin embargo, si que HA HECHO UNA DIFERENCIA. Bien podemos ahora confesar desde lo más profundo de nuestro corazón:

“Habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Juan 9:25).

“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor” (Efesios 5:8).

“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2:13).

En cierta ocasión, mientras Israel aguardaba por la liberación de la esclavitud de Egipto, y Dios envió las plagas para enseñarle al Faraón la necedad de su resistencia, leemos:

“Y aquel día Yo apartaré la tierra de Gosén, en la cual habita Mi pueblo, para que ninguna clase de moscas haya en ella... y Yo pondré DIVISIÓN entre Mi pueblo y el tuyo” (Éxodo 8:22, 23 R.V).

Aquí hay una diferencia tanto de territorio como de gente, y si el lector ve al margen de su Biblia (en la R.V. inglesa), verá que la palabra traducida “división” es literalmente “una redención” (traducida así en la Reina Valera). Este es el evangelio de la verdad en tipo y en sombra. Así sucedió realmente cuando llegó el tiempo apropiado para que Israel fuese librado de la esclavitud de Egipto, por la sangre del cordero pascual.

El Señor establece una diferencia

“Contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová HACE DIFERENCIA entre los egipcios y los israelitas” (Éxodo 11:7).

Veamos ahora algunas de las “diferencias” que ha hecho la gracia entre los que, por naturaleza, nada difieren entre sí. *No existe diferencia alguna* en cualquier hijo de Adán en el asunto de la condenación:

“Por la transgresión de uno vino la condenación a TODOS LOS HOMBRES” (Rom.5:18).

Pero observe la diferencia hecha por la gracia:

“Ahora, pues, NO HAY CONDENACIÓN para los que están EN CRISTO JESÚS” (Rom.8:1).

A pesar de toda nuestra jactanciosa libertad, no hay diferencia alguna cuando llegamos a la esclavitud del pecado:

“El pecado reinó” (Rom.5:21).

“Cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia” (Rom.6:20).

“La paga del pecado es muerte” (Rom.6:23).

Ahora veamos de nuevo la diferencia que Cristo ha hecho:

“Así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, nuestro Señor” (Rom.5:21).

“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros” (Rom.6:14).

“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Rom.6:12).

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ro.6:23).

¿No son ciertísimas estas diferencias? ¡La diferencia entre la vida y la muerte, la diferencia entre la esclavitud y la libertad, la diferencia entre la condenación y la justificación! ¿Nos atreveríamos a jactarnos de estas benditas diferencias como si fueran debidas a cualquier mérito de nuestra parte? ¡Por supuesto que no! Tan solo la gracia ha hecho la diferencia:

“Porque ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías (jactas) como si no lo hubieras recibido?” (1ª Cor.4:7).

“Pero por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el Cual nos ha sido hecho por Dios SABIDURÍA, JUSTIFICACIÓN, SANTIFICACIÓN y REDENCIÓN; para que, como está escrito: El que se gloria (jacte), gloriése (jáctese) en el Señor” (1ª Cor.1:30, 31).

“Ninguna diferencia” hay en el pecado, “ninguna diferencia” hay en la salvación, pero sí que hay una gloriosa diferencia por causa y virtud de la redención. Querido lector, ¿cuál es tu posición ante Dios?

No 2

Sin precio y sin dinero

Si bien sea cierto que la regla general en los asuntos de estado y del comercio que los servicios y los bienes tengan que ser pagos, y si bien esta compra y venta de servicios y sustancias constituya y sea la rutina diaria de la gran maquinaria de la moderna civilización, no obstante, todavía existen algunas cosas absolutamente vitales que ni pueden ser compradas ni consiguen venderse, sino que son de LIBRE GRACIA tanto para el rico como para el pobre, para el sabio y el necio por igual.

Un hombre puede llegar a vivir durante semanas sin ingerir alimentos sólidos, y sin embargo tan solo puede vivir unos pocos minutos si el aire le faltase. El alimento sólido tiene que pagarse, sin embargo, la luz solar, sin la cual la vida humana resultaría ser imposible, es totalmente GRATUITA. Abrimos nuestros grifos y pagamos nuestra

factura del agua, aunque nuestro pago se destina al servicio, por conveniencia, no por el agua, pues la lluvia es GRATUITA.

“Dios...no se dejó a Sí Mismo sin testimonio, hacienda bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones” (Hechos 14:15-17).

“Vuestro Padre...que hace salir Su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mat.5:45).

“El Dios que (Quien) hizo el mundo...es Quien da a todos vida y aliento” (Hechos 17:24, 25).

Aquí tenemos las Escrituras recordándonos que la luz solar, la lluvia, y el propio aliento en nuestras vidas son debidos a la libre gracia de Dios para con el hombre. El filósofo resumió la humanidad diciendo que mayormente era “necia”, y muchos son los que se hacen necios por su orgullo, sin embargo, ¿quién escuchó alguna vez que alguno fuese tan necio que muriese debido simplemente a no querer herir su orgullo respirando el aire por ser GRATUITO? ¡Jamás! Recuerda esto, querido lector, cuando te sientas inclinado a recusar el más grande de los dones de Dios porque hiera un necio orgullo siendo GRATUITO.

Naamán, el Sirio, fue un valiente soldado, aunque además fuera leproso. Él llevó consigo un regalo de diez talentos de plata, y seiscientas piezas de oro, junto con diez mudas de vestidos, y sin embargo no le sirvieron de nada. Se dirigió al profeta de Israel, y se quedó ofendido cuando oyó al profeta decirle que sencillamente solo tendría que bañarse en el Jordán siete veces:

“He aquí, yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová Su Dios, y alzará su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra... y se volvió enojado. Mas sus criados se le acercaron y le hablaron diciendo: Si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio? Él entonces descendió...y quedó limpio. Y volvió al varón de Dios... y dijo... Te ruego que recibas algún presente de tu siervo. Mas él dijo: ...no lo aceptaré” (2ª Reyes 5:11-16).

¿No os parece Naamán, el Sirio, de lo más actual en los días de hoy? ¿No nos vemos reflejados nosotros propios en este espejo de la verdad?

Después de haberles declarado a todos los hombres que eran pecadores, y a todo el mundo culpable, el apóstol Pablo revela a todo moderno Naamán el único camino por el cual debe venir a ser salvo:

“Siendo justificados GRATUITAMENTE por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rom.3:24).

Vamos a darle su debido peso a estas palabras:

|Por Su Gracia

Siendo justificados GRATUITAMENTE | A TRAVÉS de la redención

| Que es en Cristo Jesús

(1) *La justificación es el acto de Dios solamente*

“Porque Dios es uno, y Él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión” (Rom.3:30).

(2) *La justificación es un acto justo y misericordioso de Dios*

“Con la mira de manifestar en este tiempo Su justicia, a fin de que Él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Rom.3:26).

(3) *La justificación no se basa en ninguna buena cualidad de parte del hombre*

“Pero al que no obra, sino cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Rom.4:5).

(4) *La justificación se basa sobre el sacrificio de Cristo*

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios... la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo para todos los que creen” (Rom.3:21, 22).

“El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom.4:25).

“Estando ya justificados por Su sangre” (Rom.5:9).

Esta maravillosa absolución es totalmente gratuita. Si aquel hombre es un necio que se recuse a respirar porque no le sea permitido por Dios ser independiente y que pague por eso, ¿qué tipo de persona es usted, querido lector? ¿Se ofende porque el evangelio sea gratuito? ¿Se enfada como Naamán, diciendo: “he aquí, yo pensaba” esto y aquello? Aprendamos de una vez por todas que este evangelio es totalmente gratuito, puesto que ningún hombre podría aportar el precio de su redención.

“Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás) (Salmos 49:6-8).

Esta libre y gratuita salvación se dice ser “por gracia”. ¿Cuál es el significado de la gracia?

(1) *La gracia es un don, un regalo*

“Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8, 9).

(2) *La gracia no se puede ganar ni deber*

“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia” (Rom.11:6).

“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda” (Rom.4:4).

(3) *La gracia es lo opuesto a cualquier forma de legalismo*

“Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa...por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme” (Rom.4:14-16).

(4) *La gracia es el título del evangelio*

“Para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hechos 20:24).

El significado inherente de la palabra gracia es “favor”, y en el empleo escritural de la gracia significando favor se nos muestra aquellos que no pueden reclamar nada, quienes perdieron todos sus derechos, quienes se hallan efectivamente en enemistad, y que no merecen nada sino tan solo condenación.

Al mismo tiempo, la gracia de Dios es el solo acto debido y causado por la maravillosa manifestación de Su amor, tal como se muestra en el evangelio; y si bien sea, absolutamente sin dinero y sin precio de parte del pecador, no está carente de un gran precio que esta salvación sea tan GRATUITA o de LIBRE GRACIA. Esto se revela en las palabras de Rom.3:24: “Mediante la redención que es en Cristo Jesús”.

(1) *La idea de su gratuidad se expresa por Pedro cuando dijo:*

“Fuisteis rescatados...no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre PRECIOSA sangre de Cristo, como un cordero sin mancha y sin contaminación” (1ª Pedro 1:18, 19).

(2) *Y Pablo declara que fue pago un precio:*

“No sois vuestros, pues por PRECIO fuisteis comprados” (1ª Cor.6:19, 20).

“La iglesia de Dios, la cual ÉL COMPRÓ con Su propia sangre” (Hechos 20:28).

(3) *Este precio nos hizo libres*

“En quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados” (Efesios 1:7).

La palabra traducida “perdón” aquí es la misma que se traduce dos veces “libertad” (de cautivos y de oprimidos) en Lucas 4:18. La redención, tal como se emplea a través de la Escritura, presupone tanto esclavitud como la pérdida de una herencia, o ambas cosas

juntas. Israel en Egipto sería un tipo de los pecadores, y su éxodo es el gran tipo de nuestra redención.

(1) *Israel se hallaba en esclavitud* (igual que nosotros por naturaleza)

“Y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre” (Éxodo 2:23).

“Porque el que es vencido por alguno, es hecho esclavo del que lo venció” (2ª Pedro 2:19).

“Vosotros erais esclavos del pecado” (Rom.6:17).

“Los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre (esclavitud) (Heb.2:15).

(2) *Israel vino a ser librado por redención* (del mismo modo también nosotros)

“Yo soy JEHOVÁ, y Yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré” (Éxodo 6:6).

“Y he aquí dos varones que hablaban con Él...Moisés y Elías, quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida (ÉXODO) que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:30, 31).

(3) *La redención de Israel fue por medio del derramamiento de sangre del cordero.*

“Cada uno un cordero...El animal será sin defecto...Lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel...y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas...y veré la SANGRE y pasaré de vosotros” (Éxodo 12:3-13).

(4) *Aquel cordero era un tipo de Cristo*

“Cristo nuestra Pascua, es sacrificado por nosotros” (1ª Cor.5:7).

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Querido lector, esta gracia es completamente gratuita, gratuita como el aire que respiras. ¿Cómo te comportas teniendo en cuenta el inexplicable don de Dios?

No 3

“Luz sobre la vida e inmortalidad”

Suponga que alguien le pide que sume juntos los siguientes elementos: 5 vacas, 10 gallinas, 3 arados, 4 rejas y 1 fanega de semilla; lo más probable sería que contestase: “Tan solo puedo sumar estos elementos si se puede hallar un denominador común para

todos. No puedo decir 23 animales, ni tampoco 23 implementos; tal vez pudiese decir, eso sí, 23 elementos agrícolas”.

Pues bien, querido lector, aquí estoy yo con el evangelio de Dios, y tengo delante hombres de toda clase concebible en carácter, credo y país. Hombres negros y blancos, educados e ignorantes, Judíos y Chinos, millonarios y pobres, príncipes y vagabundos; ¿me atreveré a encontrar el denominador común para toda esta gran variedad que haga al evangelio de Dios algo vivo para todos y cada uno? ¿Qué sería común tanto para el necio como para el sabio? ¿Cómo se podría esperar un interés igualitario entre un ritualista y un ateo? ¿Por qué vía se equipara un millonario al nivel del pobre? En vez de dar una respuesta por mí propio, voy a permitir que las palabras del hombre sabio revelen esta común igualdad de toda la humanidad:

“He visto que la sabiduría sobrepasa a la necesidad, como la luz a las tinieblas” (Ecles.2:13).

El lector ahora bien podría interrumpir y hacer este comentario: En vez de nivelar o equiparar a la humanidad, lo que hace este versículo es dividirla efectivamente en dos clases. Pero veamos no en tanto el fin del asunto:

“El sabio tiene sus ojos en la cabeza; mas el necio anda en tinieblas; pero también entendí yo que UN MISMO SUCESO ACONTECERÁ AL UNO COMO AL OTRO... (Ecles.2:14-16) ¿Cómo muere el hombre sabio? ¡Como el necio!

“Todo acontece DE LA MISMA MANERA a todos, un MISMO SUCESO ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y no limpio...” (Ecles.9:2, 3).

“Todos van a un MISMO LUGAR; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo” (Ecles.3:20).

Tanto da que seas filósofo, filántropo, o necio, no preciso interpretar las palabras del hombre sabio. Todos sabemos bien que, el denominador común de la humanidad es la muerte. Ahora bien, como hombre del mundo que eres bien puedes secretamente despreciar la mansedumbre de Cristo, o como poseedor de bienes mundanos es probable que no tengas espacio en tu vida para Quien considera estas cosas tan banales y percederas. Puedes tener contigo una filosofía maravillosa, o una religión, que sea muy satisfactoria; sin embargo, de qué servirán las riquezas, o la posición social, o la filosofía, o la religión cuando se llega al MISMO ACONTECIMIENTO.

¿No es algo desconocido para el hombre mortal que:

“Nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio, del cual yo (Pablo) fui constituido predicador”? (2ª Tim.1:10, 11).

Como parte de este mismo evangelio, leemos:

“Cristo MURIÓ por los impíos” (Rom.5:6).

“Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados” (1ª Cor.15:21, 22).

Escuche estas declaraciones del evangelio de la verdad, y vea si no constituye “buenas noticias”:

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo; y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Heb.2:14, 15).

¿Será cierto que el lector no conozca nada de este temor y esta servidumbre? ¿Qué no estaría usted dispuesto a ofrecer para poder confesar: “¡Oh, muerte, dónde está tu aguijón? ¡Oh, sepulcro, dónde está tu victoria? ...A Dios sean dadas las gracias, que nos da la victoria mediante nuestro Señor Jesucristo” (1ª Cor.15:55-57).

Aunque sea cierto el hecho de que por esta bendición no puedas “ofrecer” nada, ¿será por eso menos deseable al ser absolutamente gratuita? La Escritura es muy transparente enseñando que la muerte reina en la humanidad por causa del pecado. Referirse a la muerte como haciendo parte de la evolución de la raza es negar la mismísima base del evangelio:

“Por un hombre se introdujo el pecado en el mundo, y POR EL PECADO LA MUERTE, así la muerte pasó a todos los hombres” (Rom.5:12).

Cuando por tanto Cristo se ocupó en resolver el problema de la muerte, también tuvo que resolver además el “aguijón de la muerte”, esto es, el pecado (1ª Cor.15:56).

“Para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Rom5:21).

Visto que este asunto nos afecta de manera tan próxima a cada uno de nosotros, estamos convencidos que el lector tendrá el deseo de darle una más cuidadosa atención a la enseñanza de la Escritura en este punto. Ya hemos referido la Escritura que revela que Adán, como cabeza de la raza humana, envuelve toda su posteridad en la muerte, ahora vamos a continuar nuestro estudio, y observar que:

(1) *Cristo es puesto en el lugar de Adán*

“ADÁN...el cual es figura del que había de venir” (Rom.5:14)

“Fue hecho El PRIMER HOMBRE Adán alma viviente. El POSTRER ADÁN (fue hecho) espíritu vivificante” (1ª Cor.15:45).

“El PRIMER HOMBRE es de la tierra, terrenal; el SEGUNDO HOMBRE, que es el Señor, es del cielo” (1ª Cor.15:47).

“Porque por cuanto la muerte entró por un HOMBRE, también por un HOMBRE la resurrección de los muertos” (1ª Cor.15:21).

(2) Adán pecó; Cristo fue sin pecado

El ángel dijo antes de su nacimiento: “El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

DIOS EL PADRE dijo al comienzo de Su ministerio:

“Este es Mi hijo amado, en Quien tengo complacencia” (Mat.3:17).

El propio CRISTO les dijo a Sus enemigos:

“¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Juan 8:46).

PILATO en su interrogatorio dijo:

“Yo no encuentro falta alguna en este hombre” (Lucas 23:4)

El MALHECHOR MORIBUNDO dijo:

“Nosotros a la verdad justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo” (Lucas 23:41).

El CENTURIÓN ROMANO dijo: “Verdaderamente este hombre era justo” (Lucas 23:47).

(3) Cristo por tanto tuvo que morir por otros.

“El buen pastor Su vida da POR LAS OVEJAS” (Juan 10:11).

“El Hijo del hombre vino...para dar Su vida en RESCATE POR MUCHOS” (Mat.20:28).

“Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo MURIÓ POR LOS IMPÍOS...Dios muestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió POR NOSOTROS...Siendo aún ENEMIGOS, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo” (Rom.5:6-10).

“Cristo murió por NUESTROS PECADOS de acuerdo a las Escrituras” (1ª Cor.15:3).

“POR NOSOTROS lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2ª Cor.5:21).

“Porque Cristo también padeció una sola vez POR LOS PECADOS, EL JUSTO POR el injusto, para llevarnos a Dios” (1ª Pedro 3:18).

El hombre no es salvo por creer en “sustitución” o “identificación” o “representación”. Tan solo es salvo por Cristo. Si bien sea evidente por las Escrituras anteriores que la muerte de Cristo es absolutamente necesaria para la salvación, también está absolutamente igual de claro que un CRISTO MUERTO NO PUEDE SALVAR A NINGÚN HOMBRE. Así que nosotros debemos pasar a procurar por la rica enseñanza

que se agrupa alrededor de los sufrimientos de Cristo, la sangre de Cristo, y la cruz de Cristo (ojalá que algunos se vean inclinados a procurar las Escrituras para encontrar estos tesoros de verdad), y reservar el espacio que nos queda para el hecho glorioso de que, el Cristo que murió, VIVE DE NUEVO.

La Resurrección de Cristo es vital para:

- (1) LA SALVACIÓN “Si... creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Rom.10:9).
- (2) EL EVANGELIO “Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana...aún estáis en vuestros pecados” (1ª Cor.15:14-17).~
- (3) LA ESPERANZA “Si Cristo no resucitó...entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres (1ª Cor.15:17-19).
- (4) LA INMORTALIDAD “Los muertos serán resucitados incorruptibles...y esto mortal se vista de inmortalidad” (1ª Cor.15:52, 53).
- (5) LA VICTORIA Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1ª Cor.15:54).

Aquí, en el Cristo resucitado, se halla la sola y única esperanza en vista de aquel “acontecimiento único” que se halla enfrente de todo hombre mortal:

“Jesús dijo...Yo soy la resurrección, y la vida: aquel que en Mi cree, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25).

“La muerte no se enseñorea más de Él” (Rom.6:9).

No 4

¿Por qué es esencial la fe?

Hay ciertas cosas que son por sí mismas esenciales. A estas tales *verdades* las denominamos “axiomas”, que no admiten argumentos. Las personas que no están dispuestas a aceptar ninguna declaración de manera liviana, sino que demanda una cierta medida de prueba, la consideramos una persona sabia y razonable. La persona en cambio que sea contenciosa, y se recuse a seguir adelante hasta que las *evidentes verdades* sean probadas, es fastidiosa y molesta, y es vista como carente de inteligencia. No debemos malgastar el tiempo intentando demostrarle al hombre que demande una prueba de que el sol esté brillando, es demasiado evidente en sí mismo. Ningún hombre de negocio toleraría ni por un minuto siquiera la desnecesaria demora por causa de alguien que se recuse a realizar una transacción a menos que se le demuestre que 2 x 2 son cuatro, o que haya realmente cien céntimos en un Euro.

Es completamente cierto que entre las leyes no escritas del día a día en la vida hay una que dice:

“Sin fe nada es posible”

El hombre que encomienda una carta al Correo ejercita la fe en todo el engranaje y el servicio de Correos. El mundo de los modernos negocios, se nos dice en un frío libro de texto de cálculo, se realiza sobre el *crédito*, y la palabra *crédito* se deriva de la latina *credo*: Yo creo. Toda transacción bancaria, cada cheque pago y acepte, cada trueque de comodidades y servicios por un billete, todos los negocios legales inherentes que deciden las herencias y las fortunas basados en una firma y un testimonio, todos son acompañados de una confesión: *credo*, así lo creo.

¿Qué pensaríamos del hombre que, antes de embarcar en un viaje de tren, demandase una prueba de que los raíles estuviesen todos en su sitio colocados, una prueba de que las señales funcionasen, o una prueba de que el maquinista conociera su labor, o una prueba de que su billete sería válido...y para qué continuar? Un tal enfadoso personaje habría sido dejado para atrás en la estación hasta que aprendiese alguna cosa del valor efectivo y práctico de la fe. Y sin embargo, los propios hombres que sin dudar descartan a los tales obtusos hacia la evidencia expuesta, normalmente toman ellos mismos la misma postura cuando se trata de los asuntos de Dios.

Cierta vez, un hombre intentó impresionarnos con el insólito y solemne hecho de que, a menos que le diésemos una respuesta convincente a la cuestión, ¿Quién fue la esposa de Caín?, él no seguiría más adelante con este asunto de la vida y la muerte. Pero cualquiera se preguntaría si es que, estando acamado en enfermedad, sabiendo que estaba en operación dentro de la persona algún tipo de mal que fuese de fatales consecuencias por envenenamiento, si es que esta misma persona, se recusaría a tomar el medicamento prescrito por el médico, y arriesgase una muerte tan horrorosa, hasta que hubiese leído todos los volúmenes disponibles de la Sociedad Farmacéutica relativos a los principios activos del medicamento para convencer a su conciencia. ¿No sería mejor convencerse a tomar el medicamento, y restablecerse primero, y enterarse después de todos los pormenores?

El Obispo Butler dice: “Probablemente sea la ley de vida”. En este imperfecto mundo el conocimiento es inalcanzable, y hasta que nos muramos, tendremos que seguir en frente sin la completa evidencia. Ahora bien, veamos cómo comienza la Biblia:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gén.1:1).

Lo que hizo Dios está patente ante nuestros ojos, pero aquello que Dios sea, está muy por encima del alcance de la inteligencia humana y sus procuraciones. El Nuevo Testamento no huye a esta regla:

“Porque es necesario que el que se acerca a Dios, CREA que ÉL ES” (Hebreos 11:6).

Nadie, a no ser un necio, dice en su corazón: “No hay Dios”, pues tal como W.H. Fitchett en su *La Lógica Irrealizada de la Religión* dice:

“¿¡Qué tipo de altura y profundidad, qué clase de eternidad y universalidad del conocimiento, debe ser asumida como garantía de una tal confesión!? ¿Quién se encuentra titulado para proferir tal negación? El mero sentido del humor hace, o debería hacer, una tal realización imposible. He aquí una débil criatura que nació ayer y se muere mañana. No sabe ni de dónde viene, no conoce dónde va. Se halla rodeado con misterios, encarcelado en la ignorancia. Tan solo conoce unas pocas parcelas en la superficie de este pequeño planeta. Conoce, y eso solo diminutamente, unas cuantas de las leyes misteriosas que le afectan y moldean su vida. No puede explicarnos cómo le crecen sus uñas, o el por qué sus manos obedecen sus impulsos mentales, o si, cuando mañana brille el sol, todavía se hallará en existencia. No puede decirnos, de su propio conocimiento, si es que haya hombre alguno en la luna. ¡Y sin embargo se atreve a proclamarle a la atónita raza humana que no exista un Dios infinito en el universo inconmensurable!”

Tal como la epístola a los Hebreos declara: “Dios ES”, así también dice: “Dios ha HABLADO” (Heb.1:1, 2), y es igual de necio intentar negar tanto una como ambas declaraciones. Cualquiera que sea la creencia que tengamos, cada hombre en su propio corazón sabe que hay algo radicalmente errado. ¿Qué pasa cuando la palabra Bíblica *pecado* prueba la respuesta? El hombre por todas partes anda procurando e intentando hallar algún remedio. ¿Qué ocurre cuando el plan de la redención en la Biblia prueba la respuesta? ¿Querrá este hombre, que no puede negar su pecado y su inmortalidad, si pudiera, recusar la cura testificada en la Escritura (y por millares incontables) simplemente porque no tenga “suficientes pruebas”?

Tal como la Escritura incondicionalmente, “Dios es”, de igual manera el significado de la fe es absolutamente sencillo y positivo. Con una única excepción, cada una y toda ocurrencia de las palabras “fe”, “fidelidad” y “creencia” en el Antiguo Testamento, de una manera u otra proveniente de la palabra Hebrea *Amén*. El *Amén* con el cual acabamos todas nuestras oraciones, es la palabra Hebrea “verdad”, y la fe, de acuerdo a las Escrituras, sencillamente toma como verdad lo que Dios ha dicho. Fe simplemente es la confesión “Amén” para todo lo que Dios ha revelado. De Abraham se dijo, cuando creyó las maravillosas promesas de Dios, que:

“Tampoco dudó por incredulidad de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios; plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Rom.4:20, 21).

Posteriormente, en Rom.10:17, está claramente establecido que:

“La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios”

Si bien en un cierto sentido esto abarca la totalidad de las Escrituras, no debemos pensar que si un hombre cree que exista un Dios, o que el pez grande se tragó a Jonás, que ya por eso sea salvo. Santiago dice que:

“Tú crees que hay un Dios, bien haces; también los demonios creen, y *tiemblan*” (Sant.2:19).

El mismísimo capítulo diciéndonos que la fe viene por el oír la Palabra de Dios, nos dice claramente lo que la Palabra significa:

“...la Palabra de fe que predicamos: Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Rom.10:8, 9).

“Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe...aun estáis en vuestros pecados” (1ª Cor.15:14-17).

La fe de Abraham le fue imputada (o reconocida) por justicia, y Rom.4:23-25 dice:

“Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

Así como la fe se halla tan íntimamente asociada con la Palabra de Dios, del mismo modo la salvación se halla solamente en Cristo.

“Las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2ª Tim3:15).

La fe dice “*Amén*” a la declaración de que Cristo sea el “Único enviado”, enviado para salvarnos.

“El que oye Mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna” (Juan 5:24).

La fe se fija en Cristo como el remedio de Dios para el pecado:

“Y como Moisés levantó a la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en Él CREE, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él CREE, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14 16).

“El justo POR LA FE vivirá” (Rom.1:17)

“La justicia de Dios POR MEDIO DE LA FE en Jesucristo” (Rom.3:22).

“El hombre es justificado POR FE sin las obras de la ley” (Rom.3:28).

“Tenemos seguridad y acceso con confianza POR MEDIO DE LA FE en Él” (Efesios 3:12).

Además, en Rom.4:16 se nos avisa diciendo que, al contrario de pensar que las palabras “por fe” indiquen algo inalcanzable, irreal y evanescente, solo y tan solamente señalan una cosa: “*la certeza*”

“Por tanto, es POR FE, para que sea POR GRACIA, a fin de que la promesa sea FIRME”

Siendo que la gracia sea el demostrado favor inmerecido de Dios para con los indignos, el medio no podía ser a través de las obras de estos tales indignos; tan solo es posible por la fe, y es por eso que, en todas partes, vemos dicha fe en contraste con las obras y los méritos personales.

“Porque por GRACIA sois salvos por medio de la FE; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8, 9).

Al mismo tiempo que aquí insistimos tanto sobre la radical diferencia entre la fe y las obras, no interpretemos por eso que, las buenas obras, no deban ser el resultado o fruto de la salvación, pues ya hemos visto que, este mismo pasaje en Efesios 2, a seguir nos dice que el creyente ha sido creado en Cristo Jesús: “para buenas obras”, si bien que esta esfera pertenezca a la vida y a la salvación, y aquellos para quienes ahora escribimos se hallan todavía en oscuridad y sombras de muerte.

“FÍATE DE JEHOVÁ de todo tu corazón, y no te estribes en tu propia prudencia” (Prov.3:5).

“CONFIAD EN JEHOVÁ perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos (al margen de la R.V. LA ROCA DE LAS EDADES). (Isaías 26:4).

“Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir a su hermano, ni dar a Dios su rescate” (Salmos 49:6, 7).

No 5

El Evangelio de Dios

La palabra “evangelio” significa “buenas noticias de parte de Dios”. En el capítulo 1 de la epístola a los Romanos encontramos este “evangelio de Dios” asociado con (a) un Libro, y (b) una Persona:

“El evangelio de Dios (que Él había anteriormente prometido por Sus profetas en las Santas Escrituras), acerca de Su Hijo” (Rom.1:1-3).

Estos dos, el Libro y la Persona, están de tal manera asociados, que, si negamos uno, renunciamos al otro. Es inútil y en vano imaginar que podemos ignorar la Palabra de Dios y sin embargo confesar que tenemos un genuino interés en el Cristo de Dios. Ponga atención a lo que Él Mismo dijo concerniente a las Escrituras, y podrá sin argumentos asentar de una vez por todas todo este asunto:

“Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a Mí, porque de Mí escribió Él. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo creeréis en Mis Palabras? (Juan 5:46, 47).

Esta asociación del evangelio con las Escrituras se refuerza por el testimonio del apóstol Pablo, diciendo:

“Pues yo os di a saber antes que nada lo que vine a recibir: que CRISTO MURIÓ POR NUESTROS PECADOS CONFORME LAS ESCRITURAS; y que fue sepultado, y que RESUCITÓ AL TERCER DÍA CONFORME A LAS ESCRITURAS” (1ª Cor.15:3, 4).

Volviendo ahora al primer capítulo de la epístola a los Romanos, observemos más de cerca lo que dice concerniente a “Su Hijo”. Antes que nada, la buena nueva de Dios es enteramente concerniente con Su amado Hijo, Jesucristo nuestro Señor. No podría haber “buenas noticias” de parte de Dios para un mundo de pecado y muerte, que no se centren en Él.

Y si procuramos por la evidencia del amor de Dios, Él nos señala y apunta al ofrecimiento de Su Hijo:

“En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a Su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por Él. Aquí se halla el amor, no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros y envió a Su hijo como propiciación por nuestros pecados” (1ª Juan 4:9, 10).

El “evangelio de Dios” es “concerniente a Su Hijo Jesucristo, nuestro Señor”. En el pasaje citado anteriormente de 1ª Juan 4:9, 10, aprendemos que la razón por la cual vino el Hijo de Dios fue que pudiera ser “la propiciación por nuestros pecados”. Esto significa, en un lenguaje sencillo, que el Señor Jesucristo por Su muerte quitó el pecado (porque la paga del pecado es la muerte), y providenció un camino en el cual Dios pudo acercarse al pobre hombre pecador en toda la plenitud de Su amor y perdón, sin comprometer Su santidad o poner de parte las demandas de justicia. Teniendo esto en cuenta, ahora volvemos de nuevo a Romanos 1 para obtener más información concerniente a “Su Hijo”. Aquí descubrimos leyendo los versículos 3 y 4 que a Él se refiere bajo dos aspectos:

- (1) “La simiente de David de acuerdo a la carne”.
- (2) “El Hijo de Dios con poder, de acuerdo al espíritu de santidad, por la resurrección de la muerte”.

Aquí nos ocuparía demasiado espacio considerar las implicaciones de la referencia a David. Así, pues, pasaremos directamente a considerar el hecho de que el Señor

Jesucristo vino “en la carne”. Es evidente la vital importancia para el evangelio que “Jesucristo viniera “en la carne”, pues es el espíritu del anticristo que lo niega (1ª Juan 4:2, 3). Las siguientes Escrituras revelan la necesidad de la humanidad de Cristo:

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre”. (Heb.2:14, 15).

“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom.8:3, 4).

“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos” (1ª Cor.15:21).

El primero de estos tres pasajes se basa sobre el hecho de ser revelado a través de las Escrituras del Antiguo Testamento, esto es, que el Redentor debía ser el Pariente más próximo. Y tal como el pariente más próximo combina en sí mismo el doble oficio de redentor y vengador de sangre, así Cristo, en Hebr.2:14, 15, tiene un doble oficio: “destruir” y “librar”, por motivo de Su muerte.

El segundo pasaje revela la práctica inutilidad o incapacidad de cualquier hombre para guardar la ley de Dios, y así, por tanto, inutilidad para proveerse por sí mismo una justicia; y muestra además que Cristo vino como hombre debido sencillamente a que ni la ley ni su sacrificio servían al hombre para nada en orden de erradicar de sí el pecado. En este pasaje tenemos una declaración importante. Cristo vino “en semejanza de carne de pecado”, pues Él no conoció pecado y no hizo pecado; de otro modo Él propio hubiese precisado también de un Salvador.

El tercer pasaje, si se estudia en su contexto, revela a Cristo como el “último Adán” y el “segundo hombre”. Y aquí debemos añadir una declaración posterior de las Escrituras, para que nadie piense que, el Hijo de Dios, una vez que participó de sangre y carne, fuese meramente un hombre. A Él se pone en contraste con Adán en 1ª Cor.15:47 del siguiente modo:

“El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es el Señor del cielo”.

Juan, en el capítulo de apertura de su Evangelio, nos dice que Aquel Quien era Dios, Quien hizo todas las cosas, Cuyo nombre es la Palabra: “fue hecho carne”, para que pudiera venir a ser el “Cordero de Dios” que quita el pecado del mundo. Aun siendo este primer aspecto de la obra de Cristo tan importante, tenemos otro, sin el cual todo sería en vano:

“Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; todavía estáis en vuestros pecados” (1ª Cor.15:17).

Ahora, por tanto, volvemos a Rom.1:3, 4 para observar que, en el evangelio de Dios, Cristo, como el Hijo de Dios, se halla (1) conforme a la carne, y (2) conforme al Espíritu. Es en el segundo aspecto que a Él “se declara siendo el Hijo de Dios con poder”, y se asocia con “la resurrección de la muerte”.

Teniendo en cuenta que Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo a las Escrituras, Su muerte sobre la cruz, que tuvo toda la apariencia de debilidad y derrota, vino a ser y pasó a ser el “poder de Dios”.

“Porque la predicación de la cruz es locura para los que se pierden; pero para nosotros que somos salvos es el poder de Dios” (1ª Cor.1:18).

El mismo gran poder que salva del pecado, protege y guarda a cada creyente de ahí en adelante:

“Que somos guardados por el poder de Dios a través de la fe para salvación” (1ª Pedro 1:5).

Es por causa y en virtud de Su poder de resurrección que:

“Puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios” (Heb.7:25).

Y no solo eso, sino que después de ser salvos:

“Es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb.2:18).

Y además es:

“Poderoso para guardar sin caída, y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría” (Judas 24).

No nos sorprende que el apóstol Pablo exclamase:

“No me avergüenzo del evangelio de Cristo, pues es poder de Dios para salvación para todo aquel que cree” (Rom.1:16).

Ya hemos visto la asociación de las Escrituras con el evangelio de Dios; ahora vamos a ver la obra acabada de Cristo y el evangelio de Dios, y para eso pondremos juntos dos pasajes que revelarán cuán plenamente ha provisto el Señor para los pobres hombres pecadores:

SU PALABRA: “Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales TE PUEDEN HACER sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2ª Tim.3:15).

SU HIJO: “El Evangelio de Cristo...es el poder de Dios PARA SALVACIÓN para todo aquel que cree” (Rom.1:16).

“Para Salvación”. ¿Será que Dios pueda estar más preocupado acerca de la salvación de un pecador que el propio pecador? Dios ha provisto el sacrificio en el don de Su Hijo

amado. Dios ha provisto una guía en el don de Su bendita Palabra. Para cada pecador consciente de su culpa, sintiendo su necesidad, estando completamente seguro de que todas sus luchas y esfuerzos no sirven de nada, esta buena noticia se le hizo disponible. Si el alimento se ha provisto, bueno será que lo degustemos. Si se nos ofrece un vestuario, bueno será que lo vistamos para beneficiarnos de ello. Si se nos paga el pasaje del viaje, debemos ocupar nuestro asiento, o no llegaremos al destino programado. Si se nos han ofrecido buenas noticias de parte de Dios, deben ser creídas antes que sus bendiciones puedan ser disfrutadas:

“...a todos los que le RECIBIERON, a los que CREEN en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

Crear por tanto es igual a recibir. La incredulidad es el repudio. Si no creemos a Dios le hacemos un mentiroso, lo cual es algo terrible si lo pensamos:

“Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios...el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso; porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo” (1ª Juan 5:9-11).

El versículo siguiente es posible que, al ser tan simple en su lenguaje, nos cause por eso dificultades. Es tan sencillo que ni un niño puede equivocarse: ¡Cuán distinto de las palabras de los hombres!

“EL QUE TIENE AL HIJO, TIENE LA VIDA; EL QUE NO TIENE AL HIJO DE DIOS, NO TIENE LA VIDA” (1ª Juan 5:12).

“El evangelio de Dios...(es) concerniente a Su HIJO” (Rom.1:1-3).

Ojalá que los muchos que están al momento actual cargados con el imperdonable pecado encuentre “el gozo y la paz en el creer...por Su buena voluntad”.

No 6

La Salvación de Dios

El evangelio de Dios es concerniente a Su Hijo, y este evangelio es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree (Rom.1:1-3, 16). Este fue el tema del estudio No 5, que al lector se pide que lea. En este presente estudio deseáramos dirigir nuestra atención al gran tema de la *salvación*. En 2ª Timoteo 3:15 leemos que las Escrituras pueden hacernos sabios *para la salvación* a través de la fe que es en Cristo Jesús, y en Rom.1:16, que el evangelio es el poder de Dios *para salvación* a todo aquel que cree. La idea de la salvación presupone tres aspectos:

(1) UN SALVADOR: Alguien capaz y deseoso para salvar.

- (2) UNA NECESIDAD: Alguien que tiene necesidad de ser salvo.
- (3) UNA PROVISIÓN: Algún fundamento sobre el cual la salvación pueda providenciarse.

UN SALVADOR.- El Señor Jesús posee muchos y maravillosos títulos. É les, por ejemplo, Rey, Señor, Pastor, Profeta, Sacerdote, Redentor; pero el carácter en el cual se describe primeramente en el Nuevo Testamento, y el único en el cual cada alma se encuentra con Él antes que nada, es el de *Salvador*:

“Llamarás Su nombre JESÚS, pues Él SALVARÁ a Su pueblo de sus pecados” (Mat.1:21),

“Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un SALVADOR, que es Cristo, el Señor” (Lucas 2:11).

“Jesús” significa “Salvador” o “la Salvación del Señor”.

Después de la muerte y resurrección de Cristo, el apóstol Pedro declaró:

“Y en ningún otro hay SALVACIÓN, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

En Tito 2:13 encontramos una muy comprensible declaración concerniente al Salvador, Su Persona y Su obra:

“Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, Quien se dio a Sí Mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”

¡Mirad, oh santos, y mirad, oh pecadores, a la gloriosa persona que se humilló tan bajo por nosotros! Él es el gran Dios. Él creó todas las cosas (Colos.1:16). Él hizo el mundo (Juan 1:1-10). Él no estimó ser igual a Dios, sino que se humilló a Sí Mismo hasta la muerte de cruz (Filip.2:6-8). Él vino a hacerse hombre, “Él se dio a Sí Mismo por nosotros”, o como se regocijó el apóstol diciendo: “El Hijo de Dios, Quien me amó, y se entregó por *mí*” (Gál.2:20). Querido lector, ¿Qué te impide decir lo mismo de ti también? Él se entregó a Sí Mismo por una específica razón, “para que pudiera redimirnos de toda iniquidad”. Nosotros estábamos perdidos, vendidos al pecado, en la esclavitud del pecado y de la muerte, sin esperanza alguna en nosotros mismos, sin poder hacer nada para nuestra propia salvación. Él nos redimió de toda iniquidad. Su salvación, no en tanto, no para por aquí. Aquel que nos redimió *del* pecado, también murió para poder purificarnos *para* Él. Consecuentemente, aquellos que han creído en Él como su Salvador *del* pecado, aguardan para ser por Él recibidos *en gloria*, y se le garantiza que Aquel que murió por ellos en el *pasado*, y que vuelve a venir por ellos en el *futuro*, es el Salvador también para el tiempo *presente* y actual:

“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos SALVOS por Su vida” (Rom.5:10).

“Por lo cual puede también SALVAR perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Heb.7:25).

UNA NECESIDAD.- Veamos ahora nuestra necesidad de un Salvador. Él vino para salvar a Su gente de sus *pecados*. Vino para poder redimirnos de *toda iniquidad*. ¿Qué puede entonces venir a ser el pecado? ¿Quiénes son los pecadores? ¿Cuáles son sus consecuencias? “Toda injusticia es pecado” (1ª Juan 5:17). En otras palabras, cualquier cosa que no sea justa es pecado. “Pecado es la transgresión de la ley” (1ª Juan 3:4), o como la palabra lo expresa, “la anarquía es pecado”.

El pecado se queda corto bajo el estándar de Dios, “porque todos pecaron, y han sido destituidos de la gloria de Dios” (Rom.3:23). El pecado es esencialmente el fracaso efectivo, tal como puede leerse en Jueces 20:16:

“Todos los cuales tiraban una piedra con la honda a un cabello, y no ERRABAN”

Donde la palabra “erraban” es la traducción de la palabra para “pecado”. Por el hecho de que el hombre ha fracasado completamente nace la resultante perversidad, rebelión y la miseria del pecado. El pecado ha dado comienzo a una carrera desenfadada y sin propósito alguno para toda la raza humana cansada, que acaba por fin en la muerte. El hombre, creado en su día a la imagen de Dios, ahora ha pasado a ser una criatura deforme, depravada y retorcida. Esta es la natura del pecado. ¿Quiénes son los pecadores? ¿Se extiende este terrible carácter a todos los hombres, o es tan solo verdad del vil y el abandonado? He aquí, es sencillamente una verdad absoluta que el pecado tiene dominio sobre todos los hombres:

“No hay diferencia, por cuanto TODOS pecaron” (Rom.3:22, 23).

“NO HAY justo, NI AUN UNO” (Rom.3:10).

“Si decimos que NO TENEMOS PECADO, nos engañamos a nosotros mismos...si decimos que NO TENEMOS PECADO, le hacemos a Él un mentiroso” (1ª Juan 1:8-10).

El testimonio de la Escritura, y el testimonio universal de la conciencia, no dejan lugar a la duda acerca de esta terrible cuestión. Nosotros pertenecemos a una raza pecadora y mortal. Nuestra gran preocupación debería ser procurar descubrir si es que haya algún remedio; y si así fuese, ¿cómo podríamos obtenerlo? ¿Qué debemos hacer, prometer o pagar para recibir sus beneficios? ¿A quién tenemos que someternos? Y ¿será que alguno se haya visto libre del pecado, para que ahora nosotros procuremos y descubramos su mismo camino?

UNA PROVISIÓN.- La respuesta se halla en los siguientes versículos:

“La paga del pecado es la muerte; pero el DON de Dios es vida eterna por Jesucristo nuestro Señor” (Rom.6:23).

“Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto NO DE VOSOTROS; pues es DON de Dios; NO POR OBRAS, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8, 9).

Estos dos versículos de la Escritura serán suficientes para quitarnos la idea de que la salvación pueda ser merecida; es el libre don de Dios, gratuita, y por gracia:

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo PARA SALVAR A LOS PECADORES; de los cuales yo soy el primero” (1ª Tim.1:15).

Aquí tenemos el testimonio del apóstol Pablo. Cristo vino al mundo para vivir y morir con el gran objetivo de, “salvar a los pecadores”, y Pablo pudo además añadir, yo creí, yo recibí, yo he pasado de la muerte a la vida, he puesto de lado mis vestiduras raídas de la propia justicia y me he vestido con los atuendos de la salvación. Mírame, pon atención, yo he sido puesto como ejemplo para ti; también tú puedes ser salvo si confías en Él. Además, haremos bien en tener en cuenta que no hay sino tan solo una alternativa en esta materia. O bien somos salvos por Cristo, y por gracia, o estamos perdidos. No hay otro camino de vida; no hay otra puerta; no hay ningún otro sacrificio por el pecado. Veamos este punto por las Escrituras. Ya hemos citado anteriormente Hechos 4:12, y ahora citaremos otros pasajes de igual carácter:

“Yo soy el camino, la verdad, y la vida; NADIE viene al Padre, SINO POR MÍ” (Juan 14:6)

“Yo soy la puerta; el que POR MÍ entrare será SALVO” (Juan 10:9).

“Ofreció UNA VEZ PARA SIEMPRE UN SOLO sacrificio por los pecados...porque con UNA SOLA ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados...ya no queda más sacrificio por los pecados” (Heb.10:12, 14, 26).

El corazón humano, una vez que es consciente de su terrible necesidad, hace eco con el clamor de Pedro cuando dice:

“Señor, ¿a quién iremos Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68).

Todos y cada uno de los hijos de Dios participa en el testimonio de Juan cuando dijo:

“Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo” (1ª Juan 4:14).

Por las Escrituras está perfectamente claro que la salvación es el don de Dios, un don inmerecido e imposible de ganar por nosotros mismos. Además, aprendemos que esta salvación se nos ofrece en y a través de Su gran don, el Señor Jesucristo. Y posteriormente vinimos a saber que esta salvación es nuestra porque Él, el Hijo de Dios, murió por nosotros, murió por los impíos, murió por los pecadores, murió por sus pecados, murió el Justo por el injusto, para podernos acercar a Dios. La salvación es nuestra sin precio y sin dinero, si bien esta salvación es al mismo tiempo, tan costosísima, que está por encima de nuestros sueños. El precio que se pagó no fue otro sino el propio sufrimiento, vergüenza y muerte en la cruz del Hijo de Dios. Al Padre

esta salvación le costó el ofrecimiento de Su Hijo más amado. Medita bien y antes que este gratuito don sea retirado. Dios ha hecho todo lo posible de Su parte para llevar a cabo nuestra salvación. Nunca más volverá a enviar a Su Hijo a la muerte: “No muere más”. Cristo ha pagado un terrible precio de una vez por todas: “Ya no queda más sacrificio por los pecados”.

¿Te das cuenta de cómo esta bendición de libre salvación puede ser ciertamente tuya? Permítele a la Palabra de Dios que te diga cómo recibir su testimonio y regocíjate:

“Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en el corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Rom.10:8-10).

No 7

La Justicia de Dios

El apóstol Pablo se regocijaba en el evangelio de Cristo, puesto que, dijo él, “es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Rom.1:16). Nuestro objetivo ahora es descubrir el por qué sea este evangelio tan gran poder para salvación. La respuesta la da el propio apóstol en el versículo a seguir:

“Porque en él se revela la justicia de Dios”

Ahora bien, el término “la justicia de Dios” puede referirse a Su propio e inherente carácter moral siendo como es el Juez del mundo, tal como vemos su uso en Rom.3:5, 6. Sin embargo esta es una justicia que nos condena. En Rom.10:3, 4 volvemos a leer acerca de “la justicia de Dios”, donde de Israel se dice:

“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”

Ahora bien, Cristo no puede ser el *fin* del carácter moral de Dios. Debe significar algo más. Además, estas diferentes referencias a la justicia de Dios se asocian con la fe. Ninguna medida de fe mía podrá jamás influenciar ni una jota que sea a la esencial justicia del propio Dios. Así que somos obligados a volver a considerar esta expresión de nuevo para descubrir cómo pueda ser la justicia de Dios el poder del evangelio, y cómo puede asociarse con la fe.

Dejemos por un momento la epístola a los Romanos, y vayamos a la segunda epístola a los Corintios, capítulo 5, y allí leemos estas palabras:

“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándole en cuenta a los hombres sus pecados...Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo (a Cristo) pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2ª Cor.5:19-21).

“No tomándole en cuenta a los hombres sus pecados”. ¿Significa esto que Dios haya dejado de lado el asunto del pecado? Por supuesto que no, pues ¿cómo podría entonces permanecer el trono de Su gloria? No puede haber compromiso alguno de justicia para con Dios. Para responder a esta cuestión, leamos de nuevo el último versículo citado anteriormente: “Al que no conoció pecado (*Cristo*), por *nosotros* lo hizo pecado”. Es decir, *nuestros* pecados, aunque no se nos imputen a nosotros, le fueron imputados a *Él*:

“ÉL fue herido por NUESTRAS transgresiones, ÉL fue molido por NUESTRAS iniquidades: el castigo de NUESTRA paz fue puesto SOBRE ÉL; y por (o con) SUS heridas NOSOTROS fuimos sanados” (Isaías 53:5, 6).

¿Qué puede haber de más maravilloso que, Él, Quien no conoció pecado, fuese hecho pecado por nosotros, o que nosotros, que no éramos otra cosa sino pecado, fuésemos hechos la justicia de Dios en Él? ¿Habría algo más grande? Todo esto es demasiado maravilloso, y la solución de este problema radica nuestro propósito actual. Nosotros creemos que 2ª Corintios 5:21 nos fornece la respuesta que precisamos en cuanto al significado del término, “la justicia de Dios”, tal como se emplea en el evangelio. Así que volvamos ahora a la epístola de Romanos con este bendito conocimiento, y vamos a ver cuán plenamente la justicia de Dios, provista a través de Cristo por la fe, cubre la culpa del pecador, y le ofrece la bendición de la plena y gratuita salvación.

Esta justicia se dice ser revelada y manifiesta:

“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Rom.1:17).

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él” (Rom.3:21, 22).

El profeta Isaías asocia la justicia revelada con la salvación:

“Cercana está Mi salvación para venir, y Mi justicia para manifestarse” (Isaías 56:1).

Allí donde Isaías dijo que estaba “cercana”, Pablo bien pudo decir que era “ahora”. Este “ahora” de Pablo viene a seguir a la terrible revelación en cuanto a la culpa humana e impotencia. Cualquier tipo de esfuerzo personal para ganarse esta esperanza de salvación queda totalmente excluido. Toda boca tiene que cerrarse, y todo el mundo es hallado culpable delante de Dios:

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. PERO AHORA, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios” (Rom.3:20, 21).

¿Te das cuenta de cuán bendito es este “pero ahora”? ¿Qué otra cosa podría habernos hechos salvos? ¡Absolutamente nada, ni en la tierra ni en el cielo! Si Dios en Sí Mismo no hubiese hallado una vía por la cual fuese perdonada la culpa de los pecadores, el mundo entero hubiese perecido en el abismo que había. Es de suma importancia, además, que sepamos aquí distinguir entre la justicia de la ley y la justicia de la fe:

La justicia de la ley.- “Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas vivirá por ellas” (Rom.10:5).

La justicia de la fe.- “Pero la justicia que es por la fe dice así: ...si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo; porque con el corazón se cree para justicia” (Rom.10:6-10).

Aquí el apóstol extrae una distinción entre aquella justicia que depende sobre el hacer y la que es de la fe. En la epístola a los Gálatas vuelve a tomar esta distinción hasta su conclusión, y nos muestras las terribles consecuencias que resultan de intentar alcanzar una justicia proveniente de las obras:

“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la FE vivirá. Y la fe no es de fe, sino que dice: El que HICIERE estas cosas vivirá por ellas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gál.3:10-13).

Vamos a leer juntas las dos tremendas declaraciones:

“PUES ESCRITO ESTÁ: MALDITO TODO AQUEL QUE NO PERMANECIERE...PARA HACERLAS”

“PORQUE ESCRITO ESTÁ: MALDITO TODO EL QUE ES COLGADO EN UN MADERO”

Aquí por tanto existe un paralelo con 2ª Corintios 5:21. Aquel que no conoció pecado, pero fue hecho pecado por nosotros. Aquel que estaba por encima de toda maldición, pero fue maldito por nosotros. Nosotros no podíamos haber producido ninguna justicia, sin embargo, por la gracia de Dios a través de Cristo, nosotros, los culpables, somos hechos la justicia de Dios en Él. Cualquiera que intente producir una justicia por las obras de la ley se envuelve en la maldición – pero Aquel que fue hecho maldición para librarnos de ella a nosotros.

Leamos ahora juntas las dos tremendas declaraciones de Rom.3:21, 22, para poder compararlas:

NEGATIVA – “La justicia de Dios manifestada aparte de la ley”

POSITIVA – “La justicia de Dios (manifestada) por la fe en (de) Jesucristo”

Ya hemos visto que la justicia que salva jamás podrá ser aquella de la ley. Ahora debemos considerar cuál sea el significado de “la justicia de Dios por la fe de Jesucristo”. La referencia a la fe en Rom.3:22 es dupla, y puede ser así exhibida:

“La justicia de Dios que es por la fe de Jesucristo para todo y sobre cada uno de los que creen”

Fe y creencia son una misma cosa, pero en este versículo es la fe *de* Cristo, y la creencia del pecador que debemos distinguir bien.

Ahora bien, en cuanto a “la fe de...Abraham” mencionada en Rom.4:12 debe significar la propia fe de Abraham, tal como “la fe de Jesucristo” debe significar Su propia fe. Y así como Rom.3:3 habla de “la fe de Dios”, y hace balance de ella, en el versículo 7, por “la verdad de Dios”, significando Su fidelidad a Su promesa, así también “la fe de Cristo” es en realidad la fidelidad de Cristo en vida y muerte, y esta es la base de toda nuestra aceptación y nuestra esperanza. Este es uno de los aspectos de la justicia de Dios por la fe. El otro es el que se expresa por las palabras: “Para todo y sobre cada uno de los que creen”. Oigamos ahora en su propia estimativa el testimonio de un hombre que se consideraba a sí propio tan justo como un hombre pudiera ser, a la hora de descubrir la gloriosa provisión hecha por Dios en el evangelio, y ojalá que podamos y seamos capaces de reconocerla nosotros de la misma manera también:

“Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más...en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancias, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor...para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filip.3:4-9).

Esta justicia es para todos. Para ti, para mí, y para todos los hombres en cualquier parte que se hallen. No conoce obstáculos ni barreras, ni distinciones ni fronteras. Es para todos. Es para todo y sobre cada uno que cree. Querido lector, cuán solemne pensamiento se halla aquí. El pecado ha sido quitado. El pecado nunca más podrá ser una barrera para nuestro acceso a Dios. El pecado ya no se nos puede imputar. El pecado ha sido echado fuera del hijo de Dios sin mancha. La justicia ha sido ofrecida, y es una justicia, además, de Dios. Es una justicia de Dios por fe. ¡Qué locura será entonces repudiar una provisión tan gratuita, siento al mismo tiempo tan preciosa!

Ojalá que tú, querido lector, aprendas la lección de Israel, de quien se escribió:

“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios. PORQUE EL FIN DE LA LEY ES CRISTO, PARA JUSTICIA A TODO AQUEL QUE CREE” (Rom.10:3, 4).

No 8

El Cordero de Dios

Hay otros tres aspectos que pertenecen a esta serie, y han presentado EL EVANGELIO DE DIOS (No 5); LA SALVACIÓN DE DIOS (No. 6); y LA JUSTICIA DE DIOS (No.7). Ahora vamos a dar atención al título dado a Cristo que titula este estudio, esto es, “EL CORDERO DE DIOS”.

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

¿Por qué motivo sería el Hijo de Dios ser llamado un “Cordero”? La cuestión se responde al acabar la frase. El Señor Jesucristo es denominado el Cordero de Dios porque ha sido Él señalado para cargar y llevar sobre Sí Mismo con el pecado. Aquel que carga con el pecado, muere. Aquel que carga el pecado en sustitución y por otros y muere, muere como en un sacrificio. El Señor Jesucristo vino para morir en sacrificio por el pecado; para cargar consigo nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero; para quitarnos el pecado por el sacrificio de Sí Mismo. No podría haber “evangelio de Dios” sin el Cordero de Dios, pues no podría haber “buenas noticias” a un mundo condenado, que no dijese respecto del perdón de los pecados. No podría haber “salvación de Dios” sin el Cordero de Dios, pues la salvación implica un Salvador que se entregue por el perdido; y no podría haber revelación o provisión de una “justicia de Dios” sin el Cordero de Dios, pues la justicia imputada es la finalización de la tal obra buena, que comenzó poniendo de parte al pecado.

Siendo el Cordero de Dios, el Señor Jesús es puesto como el gran sacrificio pascual, y nos servirá de ayuda, al establecer la gloriosa obra de Cristo, si consideramos algunas de las enseñanzas de la Escritura concerniente al gran tipo. Antes que nada, tenemos que establecer el hecho de que el cordero pascual se pone, en tipo, por la ofrenda de Cristo. Esto podemos hacerlo con toda claridad citando un solo versículo:

“Porque NUESTRA PASCUA, QUE ES CRISTO, YA FUE SACRIFICADA POR NOSOTROS” (1ª Cor.5:7).

Que Cristo como el Cordero de Dios es esencialmente el Redentor señalado de Dios, se ve claramente por la referencia siguiente:

“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata...sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación...el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en Su boca...Quien llevó Él Mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia y por cuya herida fuisteis sanados” (1ª Pedro 1:18, 19; 2:22-24).

Aquí se podrá observar que, aunque se insista sobre el cordero sin macha, no en tanto es la preciosa sangre que consigue nuestra salvación. Teniendo bien en cuenta los hechos del evangelio, vayamos ahora a Éxodo 12, donde tiene lugar la primera pascua. Hay tres

puntos referidos en los primeros capítulos que son verdad de todos los hombres, estos son, la esclavitud, la amargura y las cargas.

Israel se encontraba esclavizado; sus vidas estaban en amargura; sus fardos eran pesados y severos. Pedimos al lector que lea Éxodo capítulos de 1 a 6, poniendo atención en 1:11; 2:11; 5:4, 5 y 6:7 para ver referencias a las cargas y fardos; y 1:14; 2:23 y 6:6 para sus amarguras y esclavitud.

Israel en Egipto es un retrato muy vivo y colorido del estado de la humanidad dominada por el pecado.

Cuando se aproximaba el tiempo para la redención de Israel, el Señor le habló a Moisés de esta manera:

PROMESA – “Yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido” (Éxodo 6:6).

PASCUA – “Es la victoria de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas” (Éxodo 12:27).

Hay uno o dos puntos de vital importancia para la comprensión del tipo que ahora tenemos que considerar:

(1) Un nuevo comienzo

“Este mes os será principio de los meses; para vosotros será este el primero de los meses del año” (Éxodo 12:2).

El año de Israel comienza en Octubre; la Pascua fue constituida en Abril, consecuentemente, Israel tenía dos días de año nuevo en un año. Cada creyente en Cristo tiene una experiencia similar. Tiene por un lado su día de nacimiento habitual, y tiene además su aniversario espiritual, cuando pasó de la muerte a la vida, de Adán a Cristo, del rango de los perdidos al rango de los salvos. La nueva vida da comienzo con el sacrificio victorioso de Cristo. No tiene conexión con ninguna clase de ceremonia ni de normas a observar, tanto si sean hechas por nosotros o provenientes de otras personas para que cumplamos nosotros. Querido lector, si todavía precisas de una *nueva vida*, procúrala en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

(2) Un Salvador personal

En Éxodo 12:3 el cordero del sacrificio se denomina “UN cordero”; en el versículo 4 es “EL cordero”; y en el 5 es “TU cordero” (en el texto original). Al comienzo puede que estuvieras satisfecho creyendo que Cristo es “UN” salvador. Si esto fuese todo, si Él se hallase como uno entre muchos, entonces no posees la salvación:

“Dios justo y Salvador; NINGÚN OTRO FUERA DE MÍ” (Isaías 45:21).

“Mirad a MÍ, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque Yo soy Dios, Y NO HAY MÁS” (Isaías 45:22).

Tal vez ya te hayas dado cuenta de la preeminencia de Cristo. Ningún otro así denominado libertador compite con Él en tu consideración. No estás lejos del reino, pero recuerda la declaración:

“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Sant.2:19).

De nada vale, si Cristo no es *mi* Salvador, *mi* Portador del Pecado; a menos que pueda decir haciendo eco con el apóstol Pablo:

“El Hijo de Dios, Quien ME amó, y se entregó a Sí Mismo por MÍ” (Gal.2:20).

(3) La única cosa necesaria

“Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto” (Éxodo 12:13).

Los hijos de Israel tenían muchas ventajas sobre las naciones del mundo Gentil, tal como podemos ver en los siguientes pasajes de Escritura:

“¿Qué ventaja tiene, pues, el Judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la Palabra de Dios... Israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto...” (Rom.3:1, 2; 9:4).

Nada les hubiese valido a los hijos de Israel estando en aquella terrible noche en Egipto, de no haber tenido con ellos una o todas estas ventajas:

En Rom.3:1, 2 se formula la pregunta: ¿Qué ventaja tiene?, y la respuesta es, MUCHA. Rom.3:9 pregunta: ¿Somos nosotros (Judíos) mejor que los Gentiles? Y la respuesta es que NO. El pecado es el gran nivelador:

“Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rom.3:22-24).

“No hay diferencia entre Judío y Griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Rom.10:12, 13).

Nada hubiese valida a Israel en aquella penumbra de no haber sido la sangre del cordero que había sido degollado. Nada nos vale ni a ti ni a mí, querido lector, sino la preciosa sangre de Cristo, derramada para la remisión de los pecados, cuando murió el Justo por el injusto para poder acercarnos a Dios.

(4) Un maravilloso principio

“Y aconteció que a la media noche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel;...no había casa donde no hubiese un muerto” (Éxodo 12:29, 30).

“*No había casa*” – Esto no solo fue verdad de los egipcios, sino de Israel también. No había casa donde no hubiese un muerto” o bien un hombre o un cordero, o uno u otro. O bien, querido lector, el Hijo de Dios murió por ti y por tus pecados, y tú, al igual que Israel, fuiste librado, o pereces sin ser salvo y mueres en tus pecados, y nunca conociste Su salvación.

Isaías 53, aun siendo tan conocido, sin embargo, sigue sin conocerse: contiene todo lo que la pascua tipifica y mucho más:

“Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. MAS ÉL HERIDO FUE POR NUESTRAS REBELIONES, MOLIDO POR NUESTROS PECADOS...Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros...como cordero fue llevado al matadero...por Su conocimiento justificará Mi siervo a muchos; Y LLEVARÁ LAS INIQUIDADES DE ELLOS” (Isaías 53:4-7, 11).

Es un principio establecido en la Escritura que cualquiera que cargue al pecado muera:

“Para que no lleven pecado por el cual mueran” (Números 18:22). Por tanto enfrentamos un hecho solemne: O nos acercamos a refugiarnos en Cristo, como el Portador de nuestro pecado, y somos salvos, o repudiamos el evangelio de la gracia, y perecemos.

Ojalá que el Dios de la misericordia bendiga estas palabras e no pocas personas y ojalá que sean muchos los que con ellas reposen en el Señor Jesucristo:

“El Cordero de Dios, que quita (porta) el pecado del mundo”.